

AUTOPRESENTACIÓN

Francisco J. SATUÉ

Arduo trabajo, el de reflexionar sobre el propio trabajo. Arduo, en cuanto búsqueda de una clarificación que sólo proporciona la escritura y, de modo análogo, en cuanto ansia de esqueleto teórico. Si escribir posee un definirse cierto, real, es el de la acción. La empresa teórica pertenece a otro ámbito intelectual: la crítica. A la crítica corresponde por ello la misión difícil de esclarecer, desentrañar o señalar rigurosamente, en un planto intelectual y hasta erudito, la tarea desarrollada por los denominados artistas. Por este motivo no ha de juzgarse excusa que, al aludir a mis escritos, evite internarme en esa área diferenciada, distinta.

(...) Concluido este prefacio de advertencia, sólo se me ocurre subrayar que mi trabajo literario se halla vinculado al presente. En este aspecto puede surgir una cierta polémica, gratuita y grotesca desde mi punto de vista.

Lo corriente consiste en señalar que la literatura se nutre no sólo de una tradición, sino del pasado en un sentido estricto. Si se tiene en cuenta semejante criterio, el esfuerzo destinado a comprender y asimilar las razones que aportan “las señas de identidad” de nuestras letras a lo largo de varios siglos devendrá un ejercicio sencillo, simple hasta la náusea. Nuestra literatura, en su mayor parte, llegará a ofrecernos una línea ético estética muy parecida a la de las ortodoxias ideológicas. En este punto no sería una simplificación desorbitada significar que la “ortodoxia”, hasta nuestros días – lo avala la concesión del Nobel a Cela ¡en pleno fin de siglo y de milenio!- se conforma y recrea en el realismo.

A estas alturas, la tentación de sumar a “realismo” la facilidad de la frase hecha “puro y duro” es tan intensa que considero preferible la renuncia. En otro sentido, la contraposición entre “pausado” –la historia, lo histórico, lo ya sucedido...- y “presente” no ha de interpretarse merced a interpretaciones de orden generacional.

Considero invalidadas las argumentaciones que explican la literatura en función de antiguas necesidades culturales, propagandísticas o pedagógicas, en el pasado. Tanto los historiados como los periodistas han probado con sus obras que la referencia a los hechos ocurridos no se corresponde de hecho con los anhelos de los autores literarios. La creación literaria no es mera reproducción de sucesos difundidos o divulgados por los medios. Es, por el contrario, actividad inútil no productiva. Acaso por ello se resiste a las definiciones puras, fuera de las metáforas rigurosas y precisas –siempre testimoniales, pese a su envase objetivo, me temo- de los autores más dotados.

La mesa viajera de Henry Millar; el diario de toda una existencia –Amiel, Anaïs Nin, Gide-; el tiempo perdido recobrado de Proust; las propuestas para los próximos mil años, de Calvino o el fondo de la noche, de Celine... corroboran en nuestra época –por no mencionar el absurdo como lenguaje libre, la revolución surrealista, la fealdad del expresionismo ni la peregrinación hacia la Nada de la conciencia existencial-, la metáfora que plantea lo literario como enfrentamiento contra las formas oprimentes de la realidad.

Estos y otros factores configuran esa práctica de lo literario que considero “escrituras”: lo que escribo. Teniendo en cuenta lo afirmado más arriba, se me reprocha con frecuencia que mis obras se desarrollan al margen, cuando no con evidente desprecio, de los cánones clásicos de tiempo y espacio; que cruzo por los elementos característicos de géneros literarios en apariencia contradictorios o antitéticos; que consagro la combinatoria técnica, en perjuicio de fórmulas “novelescas” y de la argumentación novelística lineal... Desde “El círculo infinito” (publicado en 1983)

rechacé esquemas consabidos para entregarme a lo que, desde las “Iluminaciones “ de Walter Benjamín, se llama narración, dado mi escepticismo respecto a la novela.

Para novelar no sólo el escritor ha de adaptarse a reglas consabidas y formalistas: ha de convertir lo real en “novelesco”. Algo codificado, poco creativo. Pero esta es mi opinión. He preferido el presente, lo que vivo -¡hay tanto rastro de lectura en lo que se escribe en nuestro tiempo, en lugar de vida, en lugar de lo conocido, sentido, experimentado!- para volver la espalda a esa historia que han hecho otros y tantos repitieron, la realidad recalentada. Sería tanto como permitir que otros vieran por mí... Y en este límite, como en lo imaginario y así también en la escritura, sólo rige una ley: el rigor en la expresión, para vivir.

* Extraído de *Invitación a la lectura 1985-1995*